

de la luna, salían de sus casas dando los más fuertes alaridos y haciendo cuanto mayor estruendo podían. (1) Los misioneros en Sinaloa, durante un eclipse de luna, vieron salir á los de un pueblo á la plaza armados con arcos, flechas y palos, voceando y golpeando fuertemente en las esteras: acudían en defensa del astro, amenazado por un genio que en el cielo reside y con el cual trae perpetua guerra. (2) La palabra *Metzli* significa igualmente luna y mes, dando á entender que en un tiempo el calendario fué lunar.

Al ver tan enmarañadas nociones astronómicas, trucas y fabulosas, dudan algunos que los mexicanos hayan podido llegar á las delicadas observaciones que los condujeron á la medida exacta del tiempo para la formación de su calendario, y todavía más, cuando su aritmética parece insuficiente y no constan cuáles nociones tuvieron en geometría. En México, á semejanza de lo acontecido en Egipto, en Grecia y en otras naciones, los sacerdotes monopolizaban las ciencias y la religion: de la astronomía v. g., el pueblo no era sabedor sino de las cosas vulgares; apartado de la iniciación sacerdotal, juzgaba por su ceguedad y admitía consejos absurdas. Durante la conquista perecieron los tlamacaz que defendiendo valerosamente sus teocalli; con ellos pereció la ciencia. Cuando los entendidos misioneros quisieron recoger las noticias de los pueblos conquistados, generalmente sólo pudieron consultar con los ignorantes. Si algun sacerdote escapó á la matanza, ocultaba pertinazmente la clase á que pertenecía, y si era descubierto y preguntado, debía tener empeño en no revelar los secretos, tratándose de conquistadores y de enemigos de los dioses. La verdadera ciencia azteca desapareció sin remedio.

(1) Alegre, Hist. de la Compañía de Jesus, tom. II, pág. 217.

(2) Rivas, lib. III, cap. XXV.

### CAPÍTULO III.

*Los cuatro elementos.—La tierra.—Chicomecoatl.—Centeotl.—Toci.—Temazcalteci.—Xochiquetzal.—Montañas.—Fiestas y divinidades.—Ritos funerales.—El infierno.—Mictlantecutli y los dioses infernales.—Lugares de descanso de las ánimas.—El agua.—Tlaloc.—Chalchihueuc.—Huixtocihuatl.—La pintura del diluvio.—Pirámide de Cholollan.*

Los mexicanos, ademas de los cuerpos celestes adoraban los cuatro elementos *tierra, agua, aire y fuego*. (1) Antiquísima es la doctrina de la composición de todos los cuerpos por la combinación de estos cuatro principios elementales, y gustó tanto á la humanidad, que no comenzó á abandonarla hasta mediados del pasado siglo. En el sistema de Pitágoras, aprendido tal vez de los sacerdotes de Baco, "el mundo sublunar era teatro de un "combate sin fin entre la vida y la muerte, presentando la perpetua alternativa de las generaciones y las destrucciones; era "la region de los cuatro elementos, tierra, agua, aire y fuego, los "cuales por sus uniones, divorcios y transformaciones incesantes, producían todos los fenómenos accidentales que aparecen "á nuestra vista." (2) Ideas análogas abundaban en los mexicanos.

Como diosa figuraban la tierra en una rana fiera, con bocas llenas de sangre en todos las coyunturas, diciendo que todo lo comía y tragaba. (3) Donde quiera que se muestran bajo algun aspecto las reproducciones, la razon incipiente las asemeja á las generaciones de los seres, formando dualidades de hombre y de mujer. Tlaltecutli, de *tlalli*, tierra, y *tecutli*, señor, era el dios varon de este elemento: á este señor tierra reverenciaban con grandes sacrificios y ofrendas. La principal reverencia que en

(1) P. Mendieta, lib. II, cap. VII.

(2) Figuiet, Savants de l'antiquité, pág. 81.

(3) Mendieta, lib. II, cap. IV: le copia Torquemada, lib. VI, cap. XLIV.

su honor se practicaba, era tomar del polvo con el dedo mayor de la mano y llevarlo á la boca: (1) se hacía en memoria del nacimiento y de la muerte de los hombres.

La tierra, negando sus frutos, presenciando la muerte de los seres y encerrando los despojos en su seno, desnudo de su verdor durante el invierno, presenta una faz angustiada y dura; mientras su fertilidad abundosa, el nacimiento constante de nuevos individuos, la reaparición de las plantas en la primavera, la ofrecen como blanda y amorosa: de aquí considerarla como madre y madrastra al tiempo mismo. Ambas ideas se encerraban en la Chicomecoatl ó Chicomecohuatl, siete culebras, diosa en general de la germinación de las plantas, pues bajo este nombre era el númer de la esterilidad y del hambre, mientras en el de Chalchiuhcuihuatl, mujer preciosa ó de chalchihuitl, presidía á la abundancia y al regocijo: era el bien y el mal en una sola pieza. Representábanla en forma de linda moza, con una tiara en la cabeza, *cueytl* enaguas, *huipilli* especie de camisa y *cactli*, zapato, todo rojo haciendo tal vez alusión al concurso del fuego; entre sus atavíos galanos se distinguían sus ricos pendientes en las orejas, el collar de mazorca de oro remedando las del maíz, y las mazorcas del mismo género que en las manos llevaba, con los brazos extendidos cual si estuviera bailando. (2) La fiesta de esta divinidad era general en el país, pidiéndole año abundante en mantenimientos; la víctima especial representante de la diosa se decía Atlatona, el agua resplandeciente, y la sacrificaba el sacerdote de Tlaloc, aludiendo al consorcio de la tierra y del agua, al principio de la misma tierra formada ó sacada del seno de las aguas. Atlatona era la diosa de los leprosos y heridos de enfermedades contagiosas; sus despojos, eran arrojados á un sótano á fin de apartarlos del contacto de los vivientes. (3)

Chicomecoatl era conocida también por Centeotl, de *centli*, la mazorca del maíz seco. (4) Constituyendo el maíz la base de la alimentación de aquellos pueblos, no podía faltar divinidad que presidiese á su producción. Por eso Centeotl se distinguía igual-

(1) P. Duran, Segunda parte, cap. XIX MS.

(2) Duran, cap. XIII. MS.—Sahagun, lib. I, cap. VII, le pone en la mano derecha un "vaso, y en la izquierda una rodela con una flor grande pintada."

(3) P. Duran, loco cit. MS.

(4) Torquemada, lib. X, cap. XIII.

mente por los nombres de Xilonen, de *xilotl*, la mazorca cuando comienza á formarse; Iztaccienteotl, maíz blanco; Tlatlahuquienteotl, maíz colorado, y otros que hacen alusión al estado del grano. (1) Todavía le llamaban Tzinteotl, diosa original, y Tonacayohua, la sustentadora de nuestra carne. El diferente estado de las siembras determinaba las fiestas de este númer, siendo las principales en el tercero, octavo y undécimo meses.

Vimos antes que los totonacos reverenciaban una diosa enemiga de la sangre, bajo el dictado de la esposa del sol; es la misma Centeotl. (2) Es natural y aún lógico que los pueblos primitivos hayan admitido el consorcio, entre el sol y la tierra; el padre del calor y de la luz fecundadores, ella fértil, madre que vuelve con creces las simientes confiadas á su seno.

Los autores, confundidos sin duda por la dualidad encerrada en estos mitos, ya hacen hembra á Centeotl, ya varon: el intérprete del Códice Telleriano se decide por el segundo extremo, concediéndole por esposa á Xochiquetzal. (3)

La diosa tierra alcanzaba todavía otros nombres. Toci, nuestra abuela; el corazón de la tierra, "porque cuando quería hacía temblar la tierra." (4) Antes vimos explicados los terremotos por los vaivenes del globo al cambiarse los dioses encargados de sostenerlo; á esta idea material se sustituye ahora la del poder de una divinidad. Al temblar, si estaba presente una mujer grávida, "cubrían de pronto las ollas ó quebrábanlas, porque no moviese; y decían que el temblar de la tierra era señal de que se "había presto de gastar y acabar el maíz de las trojes." (5)

Adorábase á esta diosa en el lugar dicho Tocititlan; ahora Guadalupe, donde mismo asentó su real Sandoval durante el sitio de México. El Cihuateocalli estaba compuesto de cuatro grandes maderos de más de 25 brazas de alto, formando cuadro, y encima un andamio y piso cubierto con un techo de paja. El ídolo tenía la figura de una anciana, el rostro de las narices arriba blanco, de las narices abajo negro; su cabellera de mujer adornada con copos de algodón; en la una mano una rodela y en la

(1) Clavijero, tom. I, pág. 233.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XXV.—Clavijero, tom. I, pág. 234.

(3) Explicación, lám. XXX.

(4) P. Duran, segunda parte, cap. XV, MS.

(5) Motolinia, His. de los indios, trat. II, cap. VIII.

otra una escoba; el vestido estaba adornado con hilo torcido de algodón. No tenía guardas ni sacerdotes, y su fiesta principal tenía lugar en el mes Ochpaniztli. (1)

Conforme al P. Sahagun (2) era diosa de la medicina y de los médicos, de las parteras y de los agoreros ó adivinadores: al ver los arreos del númen podría decirse que cuidaba de la cosecha del algodón. Era invocada igualmente para los baños bajo el nombre de Temazcalteci, abuela de los *Temazcalli*. Bajo esta advocación el ídolo tenía la boca y barba teñidas de *ulli*, en el rostro unos parches de lo mismo; un paño atado en la cabeza con las puntas para la espalda, con unas plumas á manera de llamas; la camisa y faldellin blancos; en una mano una escoba y en la otra una rodela con una chapa de oro.

La Toci aún recibía otras denominaciones. Tonan, nuestra madre; Teteoinan, madre de los dioses. De este númen se conoce el origen terrestre; es la hija del rey de Colhuacan sacrificada villanamente por los mexicanos, para que sirviera, según el consejo de Huitzilopochtli, de diosa de la discordia. (3)

Xochiquetzal, quetzalli de flores, preside en la pintura Vaticana al cuarto sol cosmogónico. Adorábanla en Tlaxcala como á diosa de los amores. En extremo hermosa, vivía en los aires sobre el noveno cielo, en lugares deleitosos de fuentes, rios y flores, servida por muchos genios femeninos, y enanos, corcobados y truhanes que la divertían perpetuamente. Tan guardada estaba por su corte que hombre alguno podía verla, lo cual no evitaba que, valiéndose de sus servidores, mandara embajada á los dioses que codiciaba. El lugar de la residencia de la diosa era Tamoanchan, paraíso, y existía ahí el árbol Xochitlicacan, cuyas flores cojidas ó sólo tocadas hacían fieles y dichosos enamorados. Xochiquetzal fué esposa de Tlaloc, mas se la hurtó Tezcatlipoca, quien colocó á su amante en el lugar de las delicias: el desdeñado Tlaloc tomó por compañera á Matlalcueye. (4)

El lugar Tamoanchan y el árbol Xochitlicacan constan en el Códice Telleriano. (5)

(1) P. Duran, cap. XV, MS.

(2) Hist. gen., lib. I, cap. VIII.

(3) Torquemada, lib. VII, cap. XVIII: lib. IX cap. XI; lib. X, cap. VII; lib. X, cap. XXIII, &c.

(4) Muñoz Camargo, MS.

(5) Lám. XXIII.

Conforme á otra version, los mexicanos gustaban en extremo de las flores; ricos y pobres se deleitaban en llevarlas y olerlas, empleándolas profusamente, así en las fiestas religiosas como en las civiles y particulares. Xochiquetzal presidía á las flores, siendo también abogada de los plateros, pintores, entalladores, y en general de las artes de ornato. Su fiesta regocijada y general se llamaba Xochilhuitl, haciéndose para despedirse de las rosas en el tiempo en que se aproximaban los hielos del invierno; mas aunque entonces comenzaba, venía á terminar en los meses Pachtli y Hueipachtli. En el principio, sin más adornos que flores en sus personas, casas, calles y templos, se entregaban á regocijadas danzas y representaciones chistosas.

Al amanecer del primer día del Pachtontli, las mujeres consagradas á Huitzilopochtli molían cierta cantidad de maíz, formaban una pella apretada, la colocaban en una lujosa batea y la entregaban á los sacerdotes, quienes la llevaban solemnemente á lo alto del templo, poniéndola á los pies del dios. Dejábanle guardas, y los ministros, durante la noche, iban y venían con luces de la batea al ídolo y del ídolo á la batea, hasta que pasada media noche aparecía sobre la masa, la huella del pié de un niño recién nacido, á veces también cabellos de mujer y algunos pedacillos de paja. La milagrosa huella era señal de la llegada de Yaotzin, guerrador, ó sea de Huitzilopochtli mismo; los sacerdotes anunciaban el portento con las bocinas y caracoles, acudiendo atropelladamente la multitud á considerarlo á la luz de tantas antorchas, que convertían la noche en día. Saciado el asombro, quedaba el pueblo aplazado para de ahí á tres días en que aparecían los tres compañeros del señor de la guerra, llamados Yatecutli, Cuchtlapuhcoyaotzin y Titlacahuan.

En el mes Hueipachtli, las dos víctimas representantes de Xochiquetzal, llamadas Tezacohuatl, escojidas jóvenes, vírgenes y hermosas, eran llevadas con regocijados bailes al Cuauhxicalli: paradas encima, los sacerdotes les traían cuatro *xicalli*, (jícara), con maíz blanco, amarillo, morado y negro, que ellas sucesivamente esparcían á los cuatro vientos, arrojándolo con la mano como quien siembra: la multitud se arrojaba á recojerlos, dándose por muy contento quien se hacía de dos granos, que sembraba para cosechar de la simiente bendita. Entre tanto andaba el baile, estando en el centro de la danza un sacerdote en pié,

mostrando en la mano alta y en un paño el cuchillo del sacrificio, usado exclusivamente en aquella ceremonia. Las dos víctimas eran sacrificadas, mas con las piernas cruzadas para atestiguar su estado limpio. Seguía la inmolation de otra víctima con las insignias de Xochiquetzal, con baile de los artesanos protegidos de la diosa.

Toda persona sin excepcion, se había dispuesto por medio de abluciones, las cuales limpiaban de los pecados menores ó veniales, y terminada la fiesta se entregaban á comer el *tzoalli*, pan compuesto de *huauhilti*, bledos, maíz y miel negra. La purificacion por el agua no era completa; los pecados mayores se remitian por medio de una verdadera confesion con los sacerdotes, y la limpia se consumaba comiendo un pedacillo del *tzoalli* de que había sido formado el cuerpo de algunos dioses. Eran semejanza de la confesion y comunion de los cristianos. (1) La ceremonia recuerda la creacion de los dioses y de los hombres, por el *tepatl* celeste.

En una tercera leyenda, Xochiquetzal se presenta como una ramera desenvuelta, colocada furtivamente por Tezcatlipoca en la habitacion de Topiltzin, Huemac ó Quetzalcoatl, á fin de perderle en el concepto público. (2)

Todas las diosas enumeradas parecen no ser más de una sola, la diosa tierra; los diversos nombres aparecen como otras tantas adoraciones, como las diversas manifestaciones del elemento, no sin mostrar el concurso principal del fuego y del agua.

Las montañas llamaron siempre la atencion de los pueblos; en la cima de las grandes alturas, á la vista del despejado y ancho horizonte, el alma se siente como desprendida de las cosas terrestres; más cercano ahí del cielo, el hombre se figura que podría hablar con Dios cara á cara. Lugares son á propósito para levantar altares y templos; la oracion y el incienso pueden subir pronto y sin obstáculo hasta la bóveda del cielo. Por eso los mexicanos tenían *teocalli* en todas las cumbres, en los puerros de las sierras, en las eminencias de los caminos, á donde devotos ó cansados caminantes hacían sus preces y sacrificios. (3)

(1) P. Duran, cap. XVI. MS.

(2) P. Duran, segunda parte, cap. I, MS.

(3) Torquemada, lib. VI, cap. XVI.

Los montes eran una especie de vasos, de tierra por fuera, llenos por dentro de agua, que pueden romperse y anegar la tierra. (1) En su centro habitaba Tepeyollotli, corazon del cerro. Esta divinidad, que debe corresponder á alguna estrella, ocupa el octavo lugar entre los acompañados ó señores de la noche, segun se ve en el Tonalamatl. El cuarto acompañado es Centeotl, tomado en su carácter de símbolo astronómico ó planeta.

Las montañas principales recibían formal adoracion; estaban personificadas en un ídolo, con lugar en los *teocalli*, propias oraciones y víctimas. El Iztacehuatl, mujer blanca, tenía fiesta en México y en una gruta en su falda: el Popocatezin ó Popocatepec, montaña que humea, estaba en el mismo caso. (2) En concepto del pueblo eran éstos marido y mujer. La diosa Matlalcueye, montaña cerca de Tlaxcalla, era la querida de Tlaloc. (3) En la misma comarca está el Tlapaltec atl, señor de muchos colores: á estas dos acudían en las fiestas los pueblos de aquellas comarcas. Al S. del volcan el Teocuicani, dios cantor ó cantor divino; dábanle este nombre, porque siendo áspero y muy alto, en su cumbre se forman recias tempestades, haciéndose oír con espanto el ronco retumbo del rayo. En la cumbre había una casa llamada Ayauchcalli, casa de descanso y sombra de los dioses, con un ídolo muy rico de piedra verde, del tamaño de un muchacho de ocho años, el cual fué motivo de porfiadas guerras entre los convecinos, y luego desapareció á la venida de los españoles. Otros muchos había como el Huixachtitlan ó de Itztapalapan, que no es de gran altura. La fiesta anual era celebrada sobre cada una de las más afamadas sucesivamente, pues era de rito no repetirse dos veces seguidas en la misma. (4)

En el mes Tepeilhuitl, fiesta de los montes, formaban de *tzoalli* la figura del Popocatepec, poniéndole al rededor las otras montañas principales como las de Tlaloc, Chicomecoatl, &c., en la parte superior les colocaban sus ojos y boca, adornándolas con unos papeles llamados *tetehuitl*: junto estaban las imágenes del Chalchiuhtlicue y de Cihuacoatl. Dos dias le servían comida en trastecitos como á niños, pasando la última noche en bai-

(1) Sahagun, tomo 3, pág. 310.

(2) P. Duran, cap. XVII y XVIII, MS.

(3) Muñoz Camargo, MS.

(4) P. Duran, cap. XVIII, MS.

les, tañendo las flautas unos muchachos. En amaneciendo tomaban un *tzotzopaztli*, (especie de regla de una madera dura y pesada, que servía para apretar los tejidos), y como si fuera el cuchillo del sacrificio lo metían en la masa, sacando el corazón de las figuras, como si personas fueran, y lo entregaban al amo de la casa: despedazados los cerros, comían el *tzoalli* con toda reverencia como carne de los dioses. La concurrencia se entregaba á comer y beber á honra de las deidades muertas, llamadas *tepie-me*. Mientras esto pasaba en las casas, los sacerdotes buscaban en los montes las ramas más irregulares en curvas, á las cuales decían *coatzin*, las llevaban á los templos, las revestían del *tzoalli*, poníanles ojos y boca, haciendo las mismas ceremonias que con los cerros: sacrificábanlas igualmente dando la masa á los cojos, mancos, contrahechos y tullidos, con obligación de proporcionar los ingredientes del *tzoalli* en el siguiente año. (1)

Para contentar el rito bárbaro, sediento siempre de sangre humana, había al efecto cinco víctimas inmoladas; cuatro mujeres nombradas Tepechoch, Matlalcuae, Xochitecatl y Mayahuatl, y un hombre dicho Minahuatl (2). Verdaderamente estos parecen ser los nombres de las divinidades de las montañas. La fiesta tenía por objeto alcanzar buenas y suficientes lluvias. Los montes, sobre los cuales se posan las nubes, forman el consorcio de la tierra y del agua para producir abundantes cosechas.

Entre los choles, el alto cerro de Escurruchan, orillas del río Maytol, era tenido por el dios de las montañas; en la cumbre había un espacio limpio con un cercado de maderos, dentro del cual ardía constantemente un fuego para alivio de los caminantes (3).

En la mitología mexicana el lugar de los muertos pertenecía á la tierra. Creían el alma inmortal algunos pueblos, y en una vida futura al lado de los dioses y llena de delicias (4). Las naciones de raza nahoa asignaban tres lugares para el descanso de las ánimas, señalando á cada uno cierta recompensa ó prerogativa. Los de Tlaxcalla pensaban que las almas de los nobles se tornaban en nieblas, nubes, pájaros de hermosas plumas ó en

(1) P. Duran, cap. XVIII, MS.—Sahagun, lib. II, cap. XXXV.

(2) Torquemada, lib. X, cap. XXV.

(3) Villagutierre, Hist. de la conquista del Itzá, lib. III, cap. I.

(4) Muñoz Camargo. MS.

piedras preciosas; la gente comun se convertía en comadreas, escarabajos, zorrillos y otros animalejos feos. Los otomíes, por último, broncos y salvajes, estaban persuadidos de que alma y cuerpo perecían juntamente (1). En este capítulo, como en todos, las ideas andan revueltas; ya se presenta el conocimiento puro de la inmortalidad del alma, ya la grosera metemosis, ya el materialismo desconsolador.

Los ancianos encargados de este oficio tomaban el cadáver, le encojían las piernas, le envolvían en los sudarios y le amarraban fuertemente; habían cortado diferentes papeles, de los cuales unos ponían al difunto, los otros le presentaban para diversos objetos. Derramábanle un poco de agua sobre la cabeza, diciendo, “esta es de la que gozásteis estando en el mundo;” poníanle también un jarrillo con agua y le decían, “veis aquí con que habeis de caminar.” Los despojos eran quemados, juntos con las ropas y objetos del difunto, y un perro de color bermejo atado por el pescuezo con un hilo de algodón flojo, sacrificado previamente; sobre la ceniza, carbon y huesos vertían un poco de agua, diciendo, “lávese el difunto;” recogían despues las cenizas, poníanlas en una olla ó jarro, con un chalehuitl ó una piedra de menos valer llamada *texoxoetli*, segun la calidad del individuo, la cual tenían por corazón de los despojos, y las enterraban en un hoyo redondo. Piedras iguales habían sido colocadas ántes en la boca del difunto. Parece que el ánima permanecía con las cenizas, hasta los cuatro años que se separaba é iba á su habitacion final.

El camino de la otra vida estaba erizado de dificultades; los papeles servían para vencerlas. Había que atravesar entre dos sierras que estaban chocando una contra otra; adelante estaba una gran culebra guardando el paso; luego el gran lagarto verde Xochitonal; despues ocho páramos ó desiertos; en seguida los ocho collados, y al fin el viento helado *itzhecayan*, viento de *itzti* ú obsidiana, que arrancaba las piedras y cortaba como navaja: para este lugar servían las ropas preparadas. Llegada el ánima á la orilla del Chicunahuapan, nueve aguas, río ancho y profundo; si el perrillo bermejo conocía á su amo desde la otra orilla, arrojábase á la corriente y le pasaba; presentábase el dios del

(1) Mendieta, lib. II, cap. XIII.

lugar, quedando al fin en su morada definitiva el Chicunamictla ó noveno infierno (1).

Quienes morían de enfermedad natural, sin distinción de clases, que ellos también ante la muerte quedaban igualados, iban al lugar llamado Mictlan. Este nombre lo traducen por infierno, si bien significa mejor, lugar ó tierra de los muertos ó de la muerte: era amplio, cerrado, oscuro y con nueve estancias. En cuanto á su situación, la palabra Mictlampa, á la parte de los muertos, indica que lo suponían al Norte: (2) aunque solo podría tomarse por el rumbo que habría que seguir para ir á la última morada. Su verdadero sitio era en el centro ó debajo de la tierra; por eso el templo dedicado al dios se llamaba Tlalxiccó, en el ombligo de la tierra; el sacerdote estaba pintado completamente de negro y se llamaba Tliillantenamacac (3).

Los dioses de aquel lugar eran Mictlantecutli, señor del infierno, por otros nombres Acolnahuacatl ó Tzontemoc, el que inclina la cabeza; su esposa era Mictecacihuatl. Según el intérprete del Códice Telleriano, (4) lo colocaban enfrente del sol por ver si podría tomar algunos de los muertos: solo á éste y al señor del cielo y de la abundancia ponían corona. La religión mexicana tendía á familiarizar á los creyentes con la idea terrible de la muerte; pueblo de soldados, víctimas todos para el sacrificio, milagro era conservar la vida, y el dogma y las costumbres enseñaban á llegar al término incierto sin espanto, con tranquila indiferencia. Miquiztli, muerte, representada por un cráneo, era el sexto signo de los días del mes y el quinto de los acompañados de la noche; presidía al primer día de la sexta trecena; se le consideraba entre los signos celestes; tenía dentro del templo mayor el suyo, nombrado Tolnahuac, le daban culto particular con el nombre Ce Miquiztli, y le sacrificaban esclavos (5). Como signo celeste Mictlantecutli preside á la décima trecena del Tonalamatl; le pintan á los pies un cuerpo medio enterrado, para dar á entender el encargo que tenía de recoger á los muertos.

(1) Sahagun, apéndice del lib. III, cap. I. Torquemada, lib. XIII, cap. XLVII, P. Mendieta, lib. II, cap. XIII.

(2) Torquemada, lib. VI, cap. XLVI.

(3) Torquemada, lib. VIII, cap. XII.

(4) Segunda parte, lám. XV.

(5) Gama, descrip. § II, núm. 29.

Otros varios dioses infernales están mencionados. Constan en la explicación del Códice Vaticano, tomados con su viciosa ortografía, los espíritus masculinos Miquitlantecotl ó Tzitzimitl, Izpunteque, Nextepelma y Contemoque (Izontamoc), con los femeninos Miquitecacihua, Nexoxocho, Micapetlacoli y Chalmacaciuatl. Presidiendo en la décima segunda trecena del Tonalamatl vemos á Teonexquimilli: la palabra se compone de *teotl*, dios; *nex-tli*, ceniza, y *quimilli*, bulto ó ho; el bulto de ceniza dios, ó como traduce Boturini, (1) *bulto ceniciento, bulto de oscuridad y neblina, dios sin pies ni cabeza*. En la décima quinta trecena está la Teoyamiqui, la cual tenía el oficio de recoger las almas de los que perecían en la guerra ó sacrificados; su nombre significa, morir en la guerra divina ó en defensa de los dioses.

El segundo lugar para el descanso de las ánimas se decía Tlalocan, lugar de Tlaloc, ó como traducen los autores, paraíso terrenal: era un sitio fresco, ameno, abundante en mantenimientos, tranquilo, satisfactorio y mansion de los dioses llamados Tlalocques. Los muertos de rayo, hidrópicos, leprosos, bubosos, sarnosos y gotosos, iban á aquel lugar, y sus cuerpos en lugar de quemados eran enterrados. A los cadáveres ponían semillas de bledos sobre el rostro, en la frente color azul y papeles cortados, y en la mano una vara que debería reverdecer en el paraíso. (2)

Los guerreros muertos en la guerra, los cautivos pericidos en poder de enemigos y según parece también las víctimas, habitaban, como hemos visto, la casa del sol. Había en el cielo arboledas y bosques, jardines con flores exquisitas; allá recibían las ánimas las ofrendas que en el mundo les hacían, acompañaban al sol en su curso, y pasados cuatro años se tornaban en *teintzones* ó chupamirtos, para andar chupando las rosas celestes y terrestres (3).

El signo calli simboliza la tierra como habitación del hombre; en esta forma es uno de los cuatro caracteres de los años, y uno de los días del mes.

Después del fuego, seguía el agua como elemento más reverenciado. Fuera del auxilio que á la tierra prestaba en la producción de las plantas, considerándola en las nubes, lluvia, granizo,

(1) Idea de una nueva hist., pág. 16.

(2) Sahagun, apéndice al lib. III, cap. II.—Torquemada, lib. XIII, cap. XLVIII.

(3) Sahagun, apéndice al lib. III, cap. III.—Torquemada, loco cit.